

AHORA QUE EN LA LUZ TUS PRADOS HUELLAS

(A Emilio Prados y su memoria del mundo,
"La Piedra Escrita".)



QUIEN, como yo, no ha conocido a Emilio Prados, no duda de que anduviera siempre ausente, como ahora. ¿No lo está de nosotros, ay, María Zambrano? El tiempo tiene su distancia, que hereda del dolor, y que no puede ser recorrida por palabras, sino por el sentir más secreto. Como *Claros del Bosque*, como *La Piedra Escrita*, que se huelgan el uno en el otro, que se abren, que sólo el uno al otro revelan libremente su destino.

Olvidada, se adentra la imagen verdadera del Poema en esos Claros, dejando como huellas sus latidos. Porque a *La Piedra Escrita*, poema que no excluye el gemido, o el susurro, debe serle la voz restituida. Sólo el oído puede alcanzar su comprensión, pues sólo ante el oído se suspende, como dice María Zambrano, "la imagen fiel del vivir mismo, del propio pensamiento, de la discontinua atención, de lo inconcluso de todo sentir y apercebirse, y aún más de toda acción".

Antes el poema elimina todo esfuerzo; su comprensión es un don, y como tal no se puede esperar, ni tiene límites. La plenitud sólo en la profundidad de nuestra alma puede alcanzarla el poema, y entonces presentimos que para ello es necesario que nuestra vida sea amorosamente pura. Porque un poema que le está a la conciencia dedicado, huye a cada verso, comienza a escucharse y resonar dentro —jardín en medio— del corazón. No es sino el corazón el que se alza, conquista toda la visión, se adueña entero de la acción del poema, de sus símbolos.

La Piedra Escrita hace ligeros el pasado, el presente y el futuro. Su interior es ajeno al tiempo, ajeno a sus pérdidas. En todo el poema vive la admiración, del pensamiento, en toda su hermosura, de la vida, en majestad, pero sólo a Dios debe admirarse en él. "Declaración de un culto", no hay cosa más dulce, ni más cierta. El poema no se busca a sí mismo, nunca cae del amor. Su deseo —de la verdad— es aún mayor que su belleza.

El poema brinda todos los instantes del humano privilegio: de la confusa soledad, del apercibimiento del centro, de la oscilación entre inocencia y culpa, del sentimiento único, del amor a la búsqueda y a la renuncia... Pero Emilio Prados no sólo fía su inspiración al padecer, sino a la eternidad el destino de la poesía.

La Piedra Escrita es un poema en el que la poesía puede vivir, un poema que darle puede su secreto de alimento a la poesía. Y la poesía vive en él, lo digo con dolor y con alegría. Y el poema vive en la profundidad del alma y en los corazones de gran libertad.

Es el poema el que vierte al mundo en sus palabras todas las apariencias, y no al revés, es la Naturaleza la que aprende del poema su equilibrio y su nostalgia, la Vida la que cruza, "inversa", en él, el Sueño el que una cita le pide. ¿Y la blancura? Es la blancura de la luz, Andalucía en sombra, en interior recuerdo. *La Piedra Escrita* es lugar, del nacimiento de la vida, del Amor presente. Es cárcel del centro, cárcel de la presencia, cárcel de unidad.

El poema conserva, en todos sus versos, las huellas de su origen inspirado, la huella de separación entre silencios e instantes luminosos, la huella de la piedad en el recibimiento. "Piadoso saber inspirado" es el saber que nace de la poesía, cuyos mecanismos, cuyos efectos maravillosos, nadie ni antes ni después de María Zambrano, conoce como ella conoce.

La grabación de un nombre en una piedrecita blanca halla, en lo sólo aparentemente continuo del vivir, el secreto ideal de la trascendencia. El misterio no permanece misterio en él; se convierte en milagro; quiero decir que la recitación del poema pro-

duce la alegría, y entra en los términos del reposo. Pero antes hemos de entregar a la voluntad de la poesía nuestra voluntad.

El poema es acción y pasión de la filosofía.

El abandono es abandono en el nacimiento del Ser. La fe existe antes que el mundo se haga. Nada tiene el poeta si no es el Amor, pues antes fue amado y conocido, que naciese al mundo. Y no es por tanto atrevimiento descubrir y declarar ese Amor, sino alabanza, y canto.

Unico poema, en el que el recuerdo, no careciendo de humildad, es esperanza, y la esperanza lo es en la poesía. Y así, imagino que Emilio Prados amaba también los instantes en que la gracia de escribir le era quitada.

El poema inaugura el dolor en la tierra. ¿Calla el amor? ¿Asisten los colores? El poema es "hora de nacer", "infinito invisible". Puede salvar al hombre. El poema es una Cruz. Llega tras él la paz al corazón. El poema que perteneció, de modo sagrado, en los instantes de su creación, a Emilio Prados. Y que ahora pertenece al mundo —al silencio, en este mundo— porque Emilio Prados ha dejado de padecer la discontinuidad de la presencia de Dios. Ahora mira Su Rostro con mucha alegría.

*Nieve la nieve sola en ella misma.
Nieve que terminó. Nieve en su lecho
recién abierta, penetrada y virgen
de nieve. Desposada de inquietud.
Sí; de inquietud: la nieve siempre alzando
—ya nieve conseguida—, en el misterio
altísimo de la nieve pregunta:
"¿Quién vela en ti?: mi nombre ha terminado".*

(De "La Piedra Escrita")